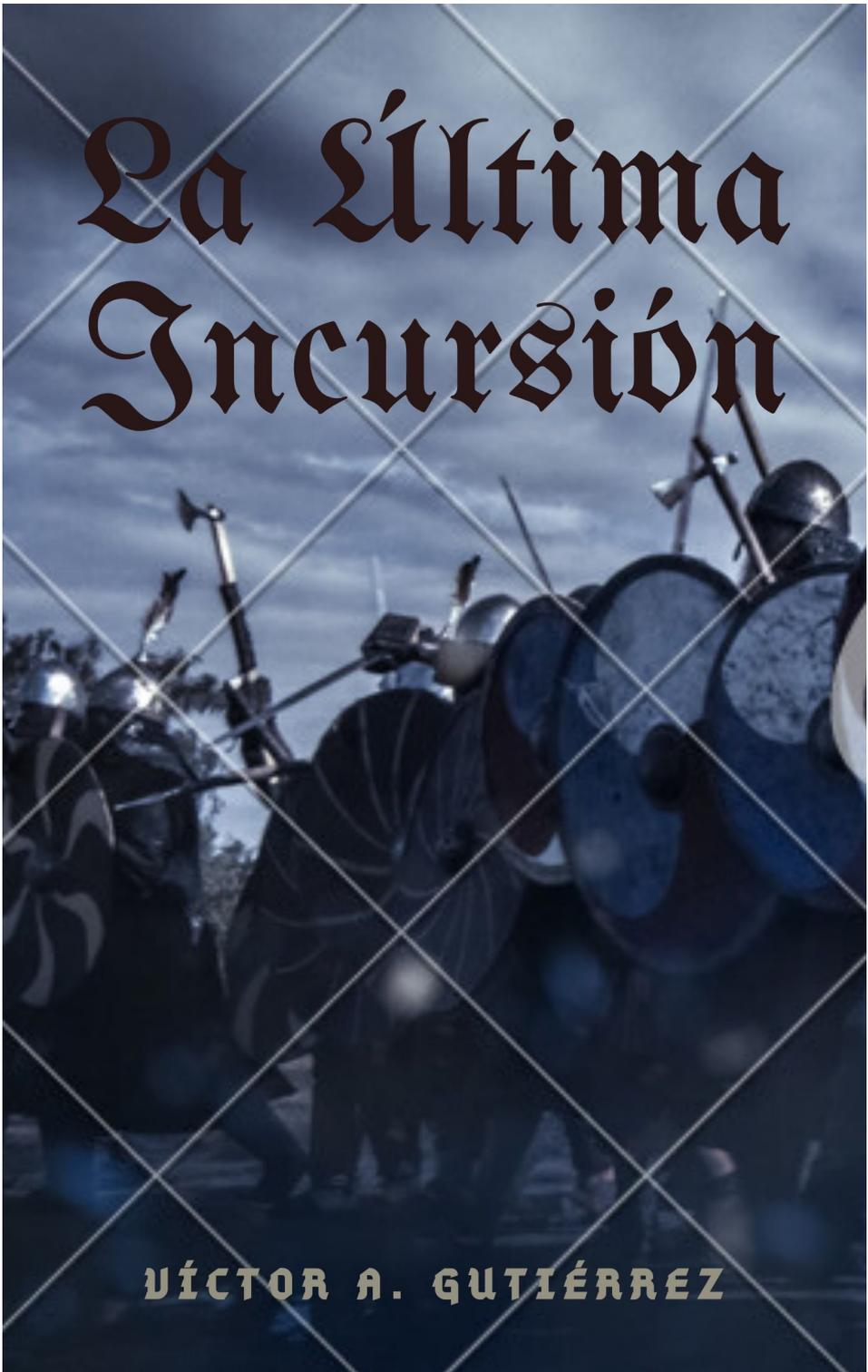


La Última Incursión

Víctor Antonio Gutiérrez Iglesias

La Última Incursión



VÍCTOR A. GUTIÉRREZ

Capítulo 1

Prólogo

Allí se encontraba Haldrep, hijo de Bredhal. Sujetando el mango de su espada, cuya hoja de acero estaba atravesando el cuerpo inerte de un rocoso enemigo. El cuerpo gigante del tatuado yacía al pie de uno de los miles de árboles que les rodeaban. Le faltaba una pierna y medio brazo, y sus entrañas asomaban por una herida en el costado izquierdo. La sangre teñía de rojo su piel morena y cubría el gran tatuaje en forma de diamante que tenía en el torso desnudo.

El gezurano miraba estupefacto el cadáver. Las manos le temblaban tanto que el escudo que sujetaba estaba haciendo ruido al rebotar. El sudor se deslizaba frío por su cabeza afeitada y se metía en las profundidades de su larga barba rubia, sujeta en dos finas trenzas.

Haldrep escuchó un sonido de ramas rompiéndose a su espalda. Se giró en un movimiento casi reflejo, con la mano de la espada vacía, ya que esta se había quedado atascada en el vientre del rocoso. Se tranquilizó al ver que los cinco intrusos que se acercaban a través de la maleza llevaban la cara pintada. Dos de ellos la llevaban igual que él, líneas horizontales de color verde sobre un fondo negro, lo que significaba que pertenecían al mismo clan, el Clan Poniente. Los otros tres eran miembros de otros clanes. Todos atentos a él.

—Haldrep... —una miembro del Clan Astillado rompió el silencio— ¿Lo has matado tú?

No contestó. Miró hacia el cadáver del rocoso, con la boca semiabierta y la respiración irregular. Después volvió a posar la mirada en los ojos de la guerrera que le había preguntado. Sygrid era su nombre. Y era la luchadora más fiera y hermosa de toda Gezur, a ojos de Haldrep. Vio sus ojos del color del cielo nublado, que resaltaban sobre la pintura negra que los cubría al mismo tiempo que su nariz y su boca. El resto de su cara estaba pintado de amarillo. Trató de contestar. Las palabras estaban muy claras en su mente: «No lo sé», pero no le salían. Estaba temblando.

—¡Randall!

El grito de una segunda mujer lo hizo reaccionar. Nada más escucharla, recordó dónde estaba y qué estaba haciendo y, sobretodo, con quién. Recordó que su hermano Randall yacía inconsciente a unos metros de él, con el brazo derecho arrancado.

Rápidamente acudió a auxiliar a su hermano junto con Helga, una guerrera de su mismo clan. La herida abierta, donde antes había tenido el

brazo, estaba soltando sangre como una fuente. Haldrep arrancó un trozo de tela de su vestimenta y la tapó, envolviendo todo el torso y amarrando ambos extremos bajo el brazo izquierdo de su hermano.

—Cógelo de las piernas, Helga.

La chica hizo caso. Haldrep agarró a Randall por las axilas, mientras presionaba la herida para frenar la hemorragia. La gruesa barba trenzada de Randall colgaba sobre su hombro izquierdo, una vez lo levantaron del suelo.

—¿Qué hacéis ahí parados? ¡Ayudadnos a llevarlo al campamento! —gritó Helga, dirigiéndose al resto de guerreros, que todavía estaban mirando estupefactos el cadáver del rocoso.

Sygrid se colocó al lado de Haldrep y ayudó tanto a transportar al herido como a cortar la hemorragia presionando. Dos hombres, uno con una barba redonda y recortada y el otro con una barba larga y suelta, agarraron el mango de la espada clavada en el rocoso y tiraron con fuerza. Consiguieron sacar la hoja hasta el punto en el que ya no estaba rígida como clavada en piedra, sino que se tambaleaba ligeramente.

El último chico del grupo se puso junto al brazo arrancado. Era un joven del Clan Poniente al que todavía no le había crecido el vello facial. Se arrodilló para coger la extremidad con una mano temblorosa. La miró con horror, y después levantó la cabeza para encontrarse con el cadáver destrozado del rocoso. Los otros dos hombres habían logrado extraer el arma de las entrañas del tatuado tras dos fuertes tirones más.

—¡Finn! —resonó la voz de Haldrep— ¡Vamos!

El joven hizo caso y siguió los pasos del grupo mientras abrazaba el brazo de su hermano mayor.

Capítulo 2

1. El Zorro del Norte

Conrad había conseguido llegar al ala este del castillo sin que nadie se percatara de su presencia. Solo faltaba un tramo de escaleras en forma de caracol, un giro a la izquierda y dos a la derecha para llegar a los aposentos de lord Rickard Hetfield y, hasta el momento, todo estaba yendo como lo había planeado.

Esa noche había elegido bien su calzado. Zapatos de seda, de suela fina. El único sonido residual de sus pasos era un suave rozamiento con el suelo casi imperceptible, al menos para él. Los latidos alterados de su corazón embotaron sus oídos como si hubiera sumergido la cabeza en una pila con agua, y su respiración irregular luchaba por ser lo más silenciosa posible.

La oscuridad le hacía costosa la movilidad, pero conocía esa zona del castillo como la palma de su mano. Sabía que se estaba acercando a su destino, y lo confirmó al visualizar la puerta entre la negrura que inundaba el corredor.

Los tres últimos pasos los dio casi al trote, pero sin abandonar el sigilo en las pisadas. Agarró el pomo, notó el terciopelo que lo recubría y lo giró con suavidad. Un leve click le informó de que la puerta estaba abierta, y la empujó despacio. Entró y cerró a su espalda.

—Enciende una lámpara, por favor—dijo una voz susurrante en la oscuridad de la habitación.

Conrad se sobresaltó al escuchar la voz de lord Hetfield, pero después dio un suspiro y prendió las mechas de un candelabro con eslabón y pedernal que había apartado encima de la cómoda, sabía perfectamente dónde estaban.

—¿Me estabas esperando?

El anciano Señor de Hetefi soltó una risa suave ante la pregunta. Estaba sentado en su cama, con la espalda apoyada en el cabezal.

—Se me pueden aplicar gran cantidad de adjetivos, la mayoría de ellos despectivos, pero idiota no está en esa lista. Yo crié a mis hijos, y sé perfectamente cómo son.

—Si sospechabas de mí, ¿por qué no pediste protección expresa?

—preguntó Conrad.

—¿Sirve de algo ponerle puertas al campo? —Conrad no terminó de comprender— Eres lord Conrad Hetfield, el Zorro del Norte. Tarde o temprano habrías acabado consiguiendo tu propósito. Yo solo soy un viejo que quiere ponerle las menos trabas posibles a la paz. Y parece que tú me la ofreces —respondió lord Rickard, con una sonrisa melancólica—. Entonces, ¿finalmente lo vais a hacer? ¿Vais a matar al rey Gerald?

—¡Siempre ha sido un perro sarnoso! —elevó el volumen más de lo que pretendía.

—Y un buen gobernante.

—¡Es ambicioso y egoísta! ¡Es un cerdo que entregaría su esposa a los bárbaros para conseguir el control de una maldita isla del Mar Baldano!

—Eso es justo lo que he dicho.

—Todavía no logro entender cómo pudiste permitir que semejante ser se casara con tu hija.

—Sé que no me lo vas a perdonar nunca. Pero quiero que sepas, que solo pensaba en lo que era mejor para nuestra familia —Conrad soltó una risa irónica hacia el comentario de su padre.

—Siempre has sido un mentiroso y un manipulador. Ni siquiera en tus últimos momentos de vida vas a renunciar a ello. Lo llevas en la sangre... y yo también.

—¿Sabe tu sobrino que vais a asesinar a su padre?

—Nunca lo sabrá —hizo una pausa—. Todavía es joven para entenderlo.

—Se acabará enterando —declaró lord Rickard—. El muchacho tiene la astucia de los Hetfield, aunque parezca parado.

—Y por eso será mejor rey de lo que su padre nunca ha sido.

Hubo un gran silencio que incómodo a ambos, padre e hijo.

—¿Has traído venenos?

—Los médicos se darían cuenta.

—Nunca bajas la guardia, ¿verdad?

—Aprendí del mejor —respondió Conrad.

—Que sea rápido, por favor.

—Lo intentaré. Pásame la almohada —su padre le hizo caso—. ¿Últimas palabras?

—Ojalá no os equivoqueis en vuestra decisión.

—Recuéstate —ordenó con un hilo de voz. El Señor de Hetefi hizo lo que le pedía—. Adiós, padre —terminó con una honda inspiración.

—Adiós, hijo mío.

Conrad presionó la almohada sobre la cara de su padre. Cuando terminó el forcejeo, la apartó. Lord Rickard Hetfield, legítimo Señor de Hetefi había muerto. Ahora ese título le pertenecía a él por derecho de sangre. Unas lágrimas de rabia le bañaron los ojos verdes, y se las limpió con el dorso de la manga. Dejó el arma del crimen bien colocada bajo la cabeza del cadáver y comprobó que no le había roto la nariz durante la maniobra. Aquella gran nariz ganchuda que él había heredado. Antes de irse, Conrad cerró los ojos arrugados y sin vida de su padre.

El nuevo Señor de Hetefi salió de los aposentos de su padre y volvió sobre sus pasos. Al tiempo que giraba una esquina, notó como alguien le retorció el brazo y apoyaba un puñal en su cuello.

—¿Quién sois y quién os envía, rata inmunda?

—¡Soy Conrad Hetfield! —exclamó con el rostro arrugado de dolor.

—¿Mi señor? —el guardia lo soltó de inmediato— ¿Qué hacéis aquí?
—acudió a coger la linterna que había dejado más atrás.

—Mi padre quería que nos reuniéramos en privado en sus aposentos para hablar sobre los vasallos sin ellos delante. Las deudas de los Urik están rozando límites nada gratos.

—¿Tan tarde, señor?

—Lord Hetfield se siente más seguro durante estas horas de la noche. Piensa que hay menos probabilidades de que haya espectadores no invitados, ya sabes.

—Entiendo, señor. Que tengáis una buena noche —el muchacho hizo ademán de marcharse.

—Espera. ¿Cuál es tu nombre, joven?

—Armin, lord Conrad.

—Has hecho un buen trabajo, Armin.

—Gracias. Solo cumplo mi cometido —dijo con una sonrisa y una pequeña reverencia antes de irse.

Conrad rehízo sus pasos hasta sus aposentos. Una vez dentro, se desvistió y se metió entre las sábanas, con el corazón martilleándole el pecho y un riachuelo de lágrimas bañándole las mejillas.

Una serie de golpes en su puerta lo despertó a la mañana siguiente.

—¡Señor! —era la voz de Edwin, su criado personal— ¡Lord Conrad, abrid por favor! ¡Es urgente!

—Está abierto —dijo con voz pastosa.

El criado abrió la puerta y entró a los aposentos. Estaba hiperventilando y le brillaba la calva por el sudor.

—¿Qué ocurre, Edwin?

—Señor, es... es sobre vuestro señor padre. Lo han encontrado muerto en sus aposentos.

Los ojos de Conrad se abrieron de par en par. Se incorporó de golpe y se levantó de la cama.

—¿Quién lo sabe?

—Solo Simmon y yo, señor. Queríamos informaros a vos primero.

—Habéis hecho bien. Que siga así por el momento. Prefiero dar yo la noticia más tarde —Edwin asintió—. Me pondré algo de ropa encima y acudiré a la habitación de mi padre para llorar su muerte. Mantenedla cerrada hasta entonces.

—Por supuesto, señor. ¿Necesitáis que os sirvamos en algo más?

—No —Conrad se estaba metiendo en unas mallas cómodas—. Bueno, sí. ¿Conoces a un muchacho de la guardia que se llama Armin?

—Claro, señor. Es el más joven de su rango.

—Dile que vaya a mi despacho a mediodía —Edwin asintió y, tras una reverencia, abandonó la habitación.

Se terminó de vestir con el corazón a punto de salirle del pecho. No era una mañana especialmente calurosa pero ya estaba sudando como si hubiera estado corriendo. Se peinó el cabello corto hacia atrás, que ya empezaba a esconder el rojo anaranjado de los Hetfield para sacar a la luz unas cuantas canas, y volvió a realizar el mismo camino que la noche anterior. A cada paso que daba le venían recuerdos oscuros de solo hacía unas horas.

—Buen día tengáis, lord Conrad, a pesar de esta terrible noticia con la que hemos despertado.

—¡Es horrible, Simmon! No podría describir la tristeza que siento ahora mismo. Mi pobre padre, tan humilde y sabio... Al menos, tuvo un final pacífico —su voz sonó realmente triste, era un experto en fingir emociones.

—¿Habría de llamar al médico, señor?

—Sí, llámale. En lo que llega, lloraré en soledad.

Con una reverencia, el criado se marchó para buscar al sanador de la Casa Hetfield. Conrad entró en la habitación de Rickard y empezó a registrar todos los rincones del cuarto, procurando no cambiar las cosas de sitio, en busca de pistas que pudieran delatarle. No encontró nada fuera de lugar, así que esperó a que llegara el médico, preparado para todo.

Unos golpes en la puerta le avisaron de su llegada. Forzó unas lágrimas antes de abrir. Un hombre mayor que llevaba una barba canosa, frondosa pero bien perfilada, entró a los aposentos del difunto. Lo caracterizaba una túnica blanca con una baya insular roja al frente, que era el símbolo del gremio sanitario. También lucía unos tatuajes en las manos, que hacían referencia al nivel de conocimiento que poseía sobre su campo. Mirándolos, uno podía saber que aquel era uno de los mejores médicos de toda la isla de Terria, ya que las marcas le subían hasta más allá de la muñeca.

—Lamento vuestra pérdida, lord Conrad. Indudablemente, esta noticia va a apenar a toda la ciudad —el Señor de Hetefi recibió su pésame con una inclinación de cabeza.

El sabio anciano comenzó a inspeccionar el cadáver de lord Rickard. Lo

desnudó allí mismo, encima de las sábanas.

—¿Señor, no preferiríais esperar fuera mientras hago mi trabajo?
—Conrad no contestó, pero tampoco salió del cuarto. El médico dio un suspiro— Está bien...

Estuvo un buen rato toqueteando y observando todo el cuerpo. Murmuraba para sí mismo cuando pasaba por ciertas zonas. No llegó a abrir el cadáver en canal. Aquello solo se hacía en casos de sospecha de asesinato, y con una orden expresa del sumo tatuador. Sin embargo, Conrad se ocuparía de que eso no ocurriera.

—Parece una parada respiratoria —dijo por fin el sanador—. No obstante, hay algo raro aquí —el corazón de Conrad estuvo a punto de salirse del pecho, pero mantuvo la calma—. Se ven unos moretones en la zona de la cara. ¿Sabéis algo de esto?

—Mi padre acostumbraba a dormir boca abajo —inventó—, quizá forcejeara con la almohada cuando empezó a notar que su respiración se esfumaba.

—Un hombre tan mayor no podría hacer tanta fuerza —se giró para mirar a Conrad—. No creo que sea...

El viejo vio los ojos de su señor. Había visto más veces aquella mirada verde y chispeante del Zorro Norteño. Y sabía perfectamente lo que significaba.

—Avisaré a los monjes —dijo el sanador, con voz débil—, para que aperfumen y preparen el cuerpo para su sepultura.

Conrad asintió, sin apartar los ojos del sabio, y el médico se marchó de los aposentos con una reverencia rápida y mal hecha. Un rato más tarde, él también salió de allí, con un sudor frío y desagradable recorriéndole el cuerpo.

Una vez llegado mediodía, unos golpes resonaron en la puerta del despacho de lord Conrad Hetfield.

—Me habéis mandado llamar, mi señor.

—Sí, muchacho. Cierra la puerta y toma asiento.

El chico era alto y delgado, aunque se le notaba la musculatura. Además de que Conrad ya había comprobado que el joven era fuerte durante la

madrugada. Armin se sentó enfrente de su señor.

—Durante esta noche pasada, mi padre, lord Rickard Hetfield ha muerto —la cara del guardia era de estupefacción—. Tú fuiste el único que me vio rondando los pasillos del ala este del castillo —su expresión amable se tornó severa—. Creo que puedes ir deduciendo el motivo por el que te he hecho llamar.

—No sé a qué os referís, señor —su rostro desbordaba pánico.

—Sí lo sabes, chico. Tienes pinta de ser inteligente —se levantó de su silla y comenzó a caminar por todo el despacho—, y no me gusta que las personas inteligentes estén en mi contra. ¿Tienes familia, muchacho? —le puso una mano en el hombro, estaba temblando—. No me mientas, sabes que me enteraría —terminó con un susurro casi cariñoso.

—Sí, lord Conrad —tartamudeaba un poco—. Una esposa encinta y un hijo.

—Los amas, ¿verdad? —el guardia asintió— Y supongo que no quieres que les ocurra nada malo a...

—Luise y Derek, señor.

Lord Hetfield volvió a su silla y se sentó enfrente de Armin de nuevo.

—Bien, Armin. Ahora mismo tienes dos opciones: estar conmigo o contra mí. La elección es tuya.

—Con vos, señor. Siempre —respondió rápido, aunque con voz temblorosa.

—Sabia decisión —dijo con una sonrisa—, sabía que eras un joven astuto. Supongo que has oído hablar de la isla de Skordy, ¿verdad?

—Así es, lord Conrad.

—El príncipe Laurenz está reuniendo un gran ejército con hombres y tatuados de todo el reino para asaltar las colonias gezuranas asentadas al este de Skordy. Tú vas a ser uno de los hombres que represente a Hetefi en ese ejército.

—Pero señor, yo soy un guardia de castillo, no un soldado.

—Muchacho, si estás conmigo, tendrás que serlo —Armin asintió, agachando la cabeza—. Dentro de diez días iré a Narda, para visitar al rey y a la reina y darles la triste noticia personalmente. Tú vendrás, en una hueste de mil hombres. Tienes ese tiempo para despedirte de tus seres

queridos. Puedes retirarte.

El chico se levantó, limpiándose el sudor de la frente y el flequillo rubio con el dorso de la mano. Abrió la puerta del despacho y se dispuso a salir.

—Armin —el guardia se giró—. Ni se te ocurra intentar jugármela.

—No, señor —dijo tragando saliva. Después se marchó cerrando la puerta.

Conrad se dio cuenta de que había estado apretando el puño con tanta fuerza que se había hecho abiertas pequeñas heridas en la palma con las uñas.

Capítulo 3

2. Domenech

El navío mercante se estaba acercando a la costa de Hetefi cuando los primeros rayos de luz estaban empezando a aparecer por el este. Domenech, como todas las mañanas, estaba apoyado en la borda, haciendo volar los naipes entre sus manos como si fueran aves juguetonas. Durante los primeros días de trayecto, los tripulantes del *Clarise* trataron de averiguar qué truco debía de utilizar ese chico para que las cartas no salieran despedidas por el fuerte viento que soplaba de cara. Después de haber viajado durante casi un cuarto de ciclo con el joven, simplemente lo dejaban ser él.

La mañana era el único momento del día en que se podía ver a Domenech sin su característico sombrero de ala ancha y con la melena suelta, revoloteando a su espalda. Le encantaba esa sensación de libertad. Mirar al frente, sin que importe lo que queda atrás, y sin saber lo que depara el camino. Esa sensación era él mismo. Aquel subidón que notaba en el cuerpo, al ver la inmensidad del océano moviéndose a su alrededor, era la forma más precisa de describir la personalidad de Domenech.

Ya se podían vislumbrar diminutas formas humanas en el puerto, y el sol ya había aclarado lo suficiente el cielo como para que las lámparas no fueran necesarias. Domenech recogió los naipes al vuelo con una elegancia y una maestría que se podrían describir como sobrehumanas. Tras guardarlos en el bolsillo interior de su largo abrigo negro, se sujetó la larga melena en una cola baja y se puso su preciado sombrero.

Bajó las escaleras hasta llegar al establo, que estaba justo debajo de la cubierta. Allí había cinco animales: cuatro mulos de carga, que utilizaban los mercaderes para transportar los productos y Shallan. El joven se acercó a la yegua blanca, mientras ella emitía un soplido de entusiasmo.

—Buen día, pequeña —dijo Domenech, abrazando el cuello del animal.

Un pequeño roedor salió corriendo de uno de los bolsillos del abrigo de Domenech y escaló por las crines de Shallan hasta llegar a lo más alto de su cabeza. Una larga línea blanca iba desde su diminuto hocico hasta un revoltijo de pelo levantado que terminaba en su trasero, que no llegaba a ser un rabo. El resto de su pelaje era marrón claro, y sus extremidades acababan en unas patas rosas.

—Vaya —añadió el humano riendo—, parece que Pipo está despierto.

Unos pasos lentos y pesados se escucharon bajar por la escalera. Por la entrada del establo apareció Tytus, un hombre grande, que no mediría

menos de ocho palmos, y con la espalda tan ancha como una puerta. Cargaba con dos cajas a la vez; y solo una de ellas habría sido difícil de transportar para un hombre de tamaño normal. Las dejó caer sobre el suelo cubierto de paja, y empezó a hablar con una voz ronca y cansada.

—Buen día, muchacho —después de hablar, soltó un esputo que podría haber servido para abollar el cráneo de un hombre adulto.

—Buen día, Tytus. ¿Necesitas ayuda con eso? —el gigantón soltó una estruendosa carcajada.

—No me hagas reír tan temprano, chaval. Esto es más fácil que coser y cantar —arreó un manotazo amistoso en el hombro de Domenech. El joven había aprendido, durante los últimos casi tres meses, a no perder el equilibrio cada vez que Tytus le demostraba su cariño.

—Pero si tú no sabes ni coser ni cantar —rio Domenech.

—¡Por eso! —la risa de Tytus volvió a retumbar— lo que sí que tendrías que hacer es cerrar un precio con el viejo Persey.

—Me dijo que me cobraría cuarenta.

—Te dijo *alrededor de cuarenta*. Si tienes suerte, no subirá de ochenta.

—Está bien, iré a hablar con Pers. Échale un vistazo a estos dos pequeñajos mientras no estoy.

Tytus, contra todo prejuicio que se podría tener sobre él, posó a Pipo en la palma de su mano y empezó a acariciarlo muy suavemente. Domenech sabía que se iban a echar de menos mutuamente cuando el viaje acabara.

Domenech subió a cubierta, donde los hombres trabajaban para preparar la inminente arribada en el puerto de Hetefi. Persey, el capitán del *Clarise*, estaba apoyado en su bastón, dirigiendo las tareas de la tripulación. Era un hombre escuálido, con una cabellera pobre y blanca que solamente le cubría la parte posterior de la cabeza. Tenía una barba de tres días y carecía de los dos premolares y de un incisivo.

—¡Hombre, Dom! ¡Buen día, muchacho! ¿Cómo has dormido? —el aire que salía entre los huecos de su dentadura producían un característico ruido siseante.

—Como la mierda, Pers —dijo riendo—. Aunque el cuerpo se va a costumbrando —giró el cuerpo para hacer crujir su columna.

—¿Listo para tocar tierra? —Domenech asintió, mirando hacia el puerto— Me han dicho que en esta ciudad hay muy buenos prostíbulos. Bastante limpios, no como los de Palash, ieh! —soltó una risa, seguida de un pequeño ataque de tos.

—¿Y a qué viene, maldito viejo pervertido? —dijo el chico, divertido, mientras levantaba una ceja.

—Chaval, no te he visto tocar a una mujer desde que pisaste mi *Clarise* por primera vez. Me hiciste dudar de si eras un desviado. Aunque tampoco parece ser eso, porque ninguno de mis hombres anda cojo —golpeó a Domenech con el bastón en el culo mientras reía de forma estridente.

—Prefiero que una mujer se acueste conmigo por voluntad propia, Pers.

—A esa voluntad que dices yo la llamo dinero. A las putas les encanta.

—Eres un puto viejo chiflado —dijo Dom con una sonrisa.

—Y tú un jodido sentimental. No sé qué es peor. ¡Sois una maldita plaga!

—Por cierto, Pers, hablando de dinero, ¿cuánto me vas a pedir por el viaje?

—Pues no lo he estado pensando mucho. Ha habido muchos gastos imprevistos... ¿Qué te parece... un boliche de diamante?

—¿Un boliche?! ¡Pero si al principio me dijiste cuarenta monedas de obsidiana! ¡Es más del doble!

—¿Eso te dije? —preguntó, pensativo— Vaya... De todas formas, es lo que te digo: gastos imprevistos, vientos en contra, cambios de rumbo, paradas inesperadas... Es que no puedo pedirte menos de noventa monedas de obsidiana. ¡Y eso por ser tú! —Domenech resopló.

—Da igual, toma —de una bolsa marrón, sacó una esfera brillante y transparente, del tamaño de una uña, y se la lanzó al capitán haciendo efecto catapulta con el dedo pulgar—. Quédatelo.

—Que no te sepa mal, chico. Mis trabajadores tienen que comer también.

—¡Claro, no te preocupes! —dijo fingiendo una sonrisa— Solo me ha... sorprendido un poco que haya habido tantos costes imprevistos —Persey asintió con falso arrepentimiento.

De repente, Domenech notó un golpe en el homoplato izquierdo.

—Vamos, Dom —era Tytus—. Tienes que bajar al establo. Estamos a punto de bajar el puente, y Shallan será la primera en pisar el puerto.

Domenech acompañó al gigantón escaleras abajo, y dejó al anciano capitán dando órdenes a sus hombres mientras el barco se acercaba a un muelle. El *Clarise* perdió velocidad, lo que hizo que Domenech perdiera ligeramente el equilibrio cuando pisaba el suelo cubierto de paja del establo.

Jak y Herb estaban desencanado una de las piezas de la pared del establo que, en breves instantes, funcionaría como puente para que los animales cruzaran hasta el muelle.

El primero de ellos, un chico delgado y de piel tostada, estaba en la parte de arriba, hasta donde había escalado. Subirse a los sitios altos era su mayor utilidad dentro de la tripulación, y se veía claramente, en las marcas de su piel, que no siempre se le había dado tan bien.

Herb estaba en la parte de abajo, aflojando unos enganches que Domenech nunca había entendido muy bien. Era un hombre de mediana edad, aunque no se conservaba muy bien. En su dentadura se repartían unos pocos dientes de manera aleatoria y, aunque no era obeso, de su tronco salía una barriga prominente y estaba apoyado sobre unas finas piernas. La mejor comparación que se podía hacer con su figura era el cuerpo de una paloma.

La nave se detuvo por completo y el prototipo de puente levadizo se fue abriendo hacia fuera a la par que Jak manipulaba unas cuerdas desde su posición elevada. El extremo de la pasarela tocó el muelle y Domenech, agarrando las riendas de Shallan, caminó junto con su yegua hasta pisar la madera del muelle. Pipo ya se había metido otra vez en su bolsillo.

Desde allí, el joven vio a toda la tripulación bajar del barco, unos desde el establo y otros desde cubierta, entre ellos el capitán Persey.

—Bueno, muchacho —dijo Pers con una sonrisa—, hasta aquí hemos llegado. Nuestros caminos se separan.

—Sí... Voy a conservar muy buenos recuerdos de este viaje. Habéis sido como una familia para mí durante estos meses.

El chico le dio la mano afectuosamente a todos los tripulantes, excepto a Tytus, quien lo agarró de la cintura y lo destruyó en un abrazo de oso que le crujió la espalda. Domenech creyó ver una lágrima caer de los ojos del gigante.

—Pipo —el roedor estaba posado en su hombro izquierdo—, despídete de

la gente.

Pipo saltó con energía hasta las manos de Tytus y empezó a recorrerle todo el cuerpo, metiéndose entre las prendas de ropa, mientras el hombre reía escandalosamente por las cosquillas. Después hizo lo mismo con el viejo Persey, que empezó a gruñir, aunque la risa cascada le quitaba credibilidad. Uno a uno, el pequeño animal se fue despidiendo a su manera de todos los miembros de la tripulación. Después, se subió otra vez a los hombros de Domenech, mientras este montaba en Shallan, y los tres se alejaron del puerto al trote por una de las calles más anchas que entraban en Hetefi.

•

Al atardecer, Tytus estaba cargando ya las últimas cajas fuera del barco cuando escuchó a Persey maldecir en voz alta, con su característica voz siseante.

—¿Qué ocurre viejo? —preguntó riendo el hombretón.

Vio que el capitán estaba rebuscando en la bolsa de las ganancias, y la única respuesta que obtuvo fue un murmullo cabreado.

•

Shallan avanzaba a un ritmo lento por una de las avenidas principales de la ciudad. En su lomo, Domenech hacía bailar a los naipes alrededor de sus manos como ya acostumbraba a hacer mientras viajaba. Cuando los recogió, abrió la palma de su mano derecha para que Pipo se posara encima. El roedor escupió dos boliches de diamante en la mano de Domenech.

—¡Buen chico! —le acarició con un dedo entre las orejas.

El joven guardó la baraja donde siempre, y los boliches en la bolsa del dinero. Pipo saltó hasta el bolsillo exterior del abrigo de Domenech, y se acurrucó allí, con el suave balanceo provocado por el trote de Shallan.

Capítulo 4

3. Brazo de Pino

—¿Estás seguro de que el terrio va a venir por aquí? —susurró Finn.

La única respuesta que obtuvo de Vrat fue una señal para que se callara. Aquel tatuado era tan efectivo como siniestro. A Finn todavía le ponían los pelos como escarpas sus ojos totalmente tintados de negro. Era el rasgo característico de los psíquicos. Los monjes les tatuaban los globos oculares una vez terminaban su preparación para convertirse en tatuados.

Vrat se movió sigilosamente entre los arbustos, ni siquiera Finn, que estaba a su lado, había escuchado ninguno de sus pasos. Aquel era uno de los resultados que buscaba el entrenamiento de los psíquicos, el sigilo. Eran la única clase de tatuados cuyos poderes no les proporcionaban cambios físicos; sin embargo, un psíquico que supiera usar bien sus poderes, podía arrasarse una aldea entera sin ser detectado. Ellos jugaban con ilusiones, provocaban la locura y la paranoia en su enemigo para aprovechar ese momento de debilidad, y Vrat era uno de los mejores.

—Lo he estado vigilando desde que desembarcó —el psíquico contestó con un susurro agudo y suave—. Le gusta salir a cazar por los límites del bosque con sus escoltas.

Vrat giró la cabeza de golpe hacia el suroeste de donde estaban. Allá se encontraban las colonias terrias. Finn trató de preguntar qué era lo que ocurría, pero el psíquico lo mandó callar y se señaló la oreja con el dedo índice. Finn supo a qué se refería Vrat con ese gesto cuando empezó a escuchar, muy levemente, unos pasos que provenían de la dirección a la que miraba el tatuado.

Tres figuras, una más adelantada que las otras dos, se acercaban caminando lentamente. Eran hombres, militares, y vestían una armadura de piel de hairy de color azul oscuro. El que iba más adelantado, complementaba todo con una capa de color gris claro. A Finn le pareció escuchar la risa de Vrat.

—El de la izquierda es el mío —fue lo último que escuchó decir al psíquico antes de que se hiciera invisible entre la maleza.

Hans Kepler caminaba por el borde del Bosque Prohibido, arco y flecha en mano, y con el carcaj y la alabarda sujetos a su espalda. Sus dos escoltas iban unos metros tras él, empuñando sus alabardas de obsidiana

reglamentarias. El caballero de la casa Kepler, vasalla de los Raider de Bronil, había regresado hacía unos cuantos días a Skordy. Su viaje a Terria había sido por motivos políticos y estratégicos.

Hans era un hombre de edad avanzada. En su día había sido un gran guerrero, pero hacía ya cuatro ciclos que no había ninguna actividad gezurana alarmante cerca. Había decidido librarse del desasosiego hace mucho tiempo, y empezó a disfrutar de la caza, de la comida y de las mujeres. Eso había provocado que, donde antes se alineaban unos musculosos abdominales, ahora había una protuberancia a la que llamaba «tripita» de manera cariñosa.

—Sir Hans —susurró uno de los escoltas, señalando uno de los arbustos que limitaban la entrada al bosque.

El caballero apuntó cuidadosamente hacia allí con su arco. Trató de controlar su respiración. De pronto, fue otro arbusto más a la derecha el que se movió. Después, fue otro a la izquierda. Otro sonido siniestro los envolvió por su espalda, y al girarse... nada.

—Georg... —Sir Hans hizo una señal a uno de sus escoltas para que se acercara al primer matojo que habían visto moverse.

El hombre puso mala cara, pero acató las órdenes. Colocó su alabarda horizontalmente, con la punta de lanza hacia delante, y se acercó con pasos lentos y cuidadosos. Cuando estuvo suficientemente cerca, lanzó una estocada que no enganchó absolutamente nada, seguida de otras cuantas con el mismo resultado.

Tanto Hans como Georg, que estaban buscando con la mirada cualquier rastro de vida entre la vegetación, se vieron sorprendidos por el grito ahogado que emitió el otro escolta mientras estaba siendo degollado. Detrás del cuerpo, ya sin vida, había un hombre de piel pálida y pelo negro, igual que los globos oculares. Empuñaba un puñal de acero, manchada de sangre todavía caliente.

—¡PSÍQUIC...!

El grito alarmado de Georg fue interrumpido por un hacha arrojada que viajó desde uno de los arbustos más a la izquierda hasta su frente, arrancándole la vida al instante. Nada más ver a sus dos escoltas morir, Hans disparó una flecha hacia el psíquico, pero ya no había nadie ahí, a parte de un cadáver. Se armó con su alabarda lo más rápido que pudo, aunque no fue suficiente. Unas cuerdas volaron desde el mismo arbusto hasta sus tobillos, haciéndole tropezar y caer de bruces, con los pies inmovilizados.

Trató de incorporarse con la fuerza de sus brazos, pero notó como unos fuertes brazos le rodeaban el cuello y presionaban. Poco a poco, todo se fue volviendo oscuro.

Hans despertó en la oscuridad. Se encontró sentado en una silla de madera, con las muñecas atadas a los reposabrazos; los tobillos, a las patas delanteras; y la cintura, al respaldo. Notó la madera de la silla y las correas de cuero en su piel desnuda, ya que sus captores le habían desprendido de su uniforme al completo, excepto de la ropa interior. En aquella habitación no había ninguna ventana por la que pudiera entrar un mínimo de luminosidad. Ni siquiera sabía el tamaño que tenía, pero, probablemente, no fuera muy grande, ya que era un sitio angustioso para respirar. Aunque eso también podía ser a causa de los amarres, o del estado de alteración en el que se encontraba.

Unas voces sonaban fuera de la habitación. No captó el significado de ninguna palabra, pero enseguida reconoció que era la lengua tosca de los bárbaros de Gezur. Sabía algunas expresiones y palabras clave en aquel idioma, pero no lo suficiente como para entender una conversación. Las voces se escuchaban cada vez más alto. Unas bisagras chirriaron y un chorro de luz increíblemente molesto inundó el cuarto. Hans cerró los ojos con fuerza para protegerlos del contraste luminoso.

Una vez su visión se hubo estabilizado, vio ante sí tres figuras. La que estaba a la izquierda era delgada y tenía una estatura normal. Las otras dos eran muy altas: la de la derecha era delgada, y la del centro, tan ancha como una puerta, y... ¿le faltaba un brazo? No pudo distinguir ningún rostro, hasta que la silueta alta y delgada encendió un fuego detrás de donde él estaba sentado.

La figura de la izquierda resultó ser el psíquico que los había asaltado al borde del bosque. Ahora se había sujetado la melena negra en una cola baja. A diferencia de sus otros dos captores, ningún rastro de vello facial marcaba su cara.

Efectivamente, al hombre que se encontraba en el centro le faltaba el brazo derecho. Mediría casi nueve palmos de altura, y no parecía pesar menos de diez arrobas, y andaría cercano a las once. Su gran cuerpo se complementaba con una larga barba de color castaño claro, que se recogía en una gruesa trenza. En la cabeza, tenía un cabello incipiente que parecía haber sido rasurado hacía poco menos de un mes.

Hans no tuvo ninguna duda de quién era esa bestia humana que tenía delante. Era Randall Brazo de Pino, el hermano mayor del famoso Matarrocosos. Según los rumores, el bárbaro luchaba con un escudo amarrado a una prótesis de madera a modo de brazo. También decían que

el hecho de que le faltara su brazo dominante no era impedimento para acarrear a sus espaldas un número grotesco de muertes terribles.

Por su derecha, Hans vio de reojo al tercero de sus captores. Era tan alto como Randall, pero bastante más delgado. Tenía el cabello rubio sujeto en un moño bajo, y su barba era frondosa, aunque todavía no era lo suficientemente larga como para trenzarla, como hacía la mayoría de sus paisanos. Parecía un chico joven, de unos veinte años, aproximadamente.

—Hola —dijo el joven alto y delgado. Lo pilló por sorpresa que supiera hablar su idioma—. Mi nombre... Finn —conservaba un acento muy cerrado, con unas erres muy marcadas, pero se le entendía a la perfección—. ¿Cuál... tuyo?

—Hans —respondió el caballero, con la voz temblorosa.

El psíquico dijo algo y después soltó una risotada. Su voz era aguda y siniestra. A Hans le dio un escalofrío al escucharla, y la imagen que daba el tatuado con sus ojos totalmente negros no suavizaba esa desagradable sensación, más bien al contrario.

—Vrat —dijo el joven, señalando al psíquico— dice... tú... miedo.

Hans tragó saliva. Una gota de sudor frío le cayó por la frente despejada. Si aquello iba a ser un interrogatorio, sabía que no había nada que él pudiera hacer si había un psíquico presente. Era imposible mentirle a uno de aquellos seres. Captaban cualquier gesto, cualquier mueca, y la traducían al instante en un sentimiento o una emoción dentro de su mente. Podían saber si mentías, si estabas triste o contento, si tenías miedo... incluso si te estabas cagando encima, en el sentido biológico de la expresión.

Una voz grave y potente salió de Randall, parecía una orden. Finn se puso en la espalda de Hans y giró la silla para que Hans pudiese ver el fuego que había encendido un momento atrás. Dentro del fuego, habían dos utensilios metálicos: un cuchillo y unas tenazas.

—Mi hermano dice... enseñarte los juguetes —el joven señaló el fuego. Después acercó una caja llena de infinidad de objetos punzantes y cortantes, además de martillos con todo tipo de cabezas. Todo lo que había en la caja era de metal y estaba oxidado y sucio—. Y más juguetes —Finn volvió a girar la silla—. Pero, si ayudas, no usamos juguetes. ¿Entiendes?

—¿Qué queréis de mí? —preguntó Hans, con un leve tartamudeo.

Sus tres captores estuvieron hablando durante un rato. El psíquico parecía estar explicándole algo a Randall, relacionado con Hans. El caballero terrio reconoció una palabra parecida a «barco» en esa explicación. Hans tenía un presentimiento de por dónde iba la conversación, y si hablaban de lo que él pensaba, estaba jodido.

—Información —respondió por fin el gezurano—. ¿Para qué fuiste... tu país?

Las sospechas de Hans se confirmaron. Parecía ser que, durante los últimos meses, los gezuranos habían estado espiando sus movimientos por la isla, y sabían que la había abandonado durante un tiempo para visitar Terria, aunque aquello le parecía extraño por el hecho de que los bárbaros no habían aprovechado su ausencia para atacar y saquear la colonia de Nueva Bronil. Sin embargo, estaba claro que estaban informados, y querían estarlo más todavía.

—¿Oyes? —la voz de Finn lo sacó de su ensimismamiento— ¿Entiendes?

Antes de que el caballero pudiera decir una palabra, Randall caminó hasta el fuego y volvió con las tenazas de hierro al rojo vivo. Hincó una rodilla en el suelo, miró fijamente a los ojos de Hans y le puso las tenazas ardientes justo delante de sus narices. El gigante emitió un gruñido mientras se levantaba y dio un paso atrás. Vrat, el psíquico, señaló el instrumento de tortura e hizo un gesto de pellizcarse el pezón junto con un sonido que hizo con los dientes: tsssss. Su risa aguda y estridente, provocada por su propia broma, contrastaba con las graves carcajadas de Randall. Finn no reía, ni sonreía, solo lo miraba.

—Fui por motivos políticos y militares.

Finn habló en su idioma y miró al psíquico buscando confirmación. Vrat asintió con una frase corta, de la que Hans sacó la palabra «verdad». Randall dijo algo, y Finn lo tradujo.

—¿Esos motivos... relacionados con Skordy? —hubo un largo silencio. Pero Hans, finalmente asintió— ¿Y con nuestras colonias?

El caballero se quedó callado, mirando al suelo. Pasó un rato de silencio antes de que levantara la mirada. Los gezuranos estaban expectantes, pero aquello era algo que no debía revelar. Podrían colgarlo por traición en la plaza de Narda si descubrían que había hablado.

Antes de que pudiera darse cuenta, el psíquico había agarrado las tenazas de las manos de Randall y pellizcó con ellas el pezón derecho de Hans, a la vez que se acercó a su cara hasta pegar frente con frente. A Hans le ardió un insoportable dolor mientras le miraban dos bolas totalmente negras y brillantes. El caballero gritó de dolor al tiempo que el psíquico

reía de forma estridente para acallar los gritos.

—¡SÍ! ¡SÍ! —el psíquico no soltó.

Finn dijo algo a Vrat, a lo que no hizo ningún caso. La segunda vez que lo hizo, gritó con tanta fuerza que se escuchó por encima de los gritos de dolor de Hans y las carcajadas de Vrat. Este acató la orden del joven y dejó de pellizcar el pezón del terrio. La marca que había dejado era realmente desagradable a la vista.

—El príncipe Lawrenz —empezó Hans, con la voz rota y lágrimas cayendo como cascadas de sus ojos—... está organizando un ejército... —Finn lo paró e hizo un gesto para que respirara hondo.

—Espacio —el caballero hizo caso.

—El príncipe está organizando un gran ejército para desembarcar en las colonias gezuranas. Planea un ataque sorpresa.

Finn se alarmó y los tres discutieron en su lengua durante un rato.

—¿Cuándo?

—Dentro de dos meses, aproximadamente —el joven arqueó una ceja.

—¿Cuántos días es eso?

—Unos setenta días.

El gezurano habló con sus paisanos sobre la información que acababa de recibir. El psíquico miró fijamente a Hans y volvió a decir la misma frase de antes, que el caballero supuso que significaba «dice la verdad». El manco dio una orden corta y concisa, a la que Finn asintió.

—Vrat dice... tú... sincero —el joven sacó un hacha arrojada de su cinturón—. Gracias.

Agarró la pobre cabellera del terrio, le inclinó la cabeza hacia atrás y clavó el filo del hacha en su garganta.

—Tenías razón en cuanto a retrasar el ataque, Vrat —dijo Randall ante el cadáver del caballero terrio.

—Sabía que estos desgraciados pretendían algo.

—Prepara a los guerreros. Vamos a atacar la colonia terria.

—¿Qué hacemos con... ? —Vrat señaló el muerto con la tráquea seccionada.

—Diles que lo echen de comer a los cerdos —Vrat y Finn se dispusieron a salir del cuarto—. Finn, tú quédate.

—¿Qué? —se giró sobre sus pies, desconcertado, mientras el psíquico se marchaba.

—Tú vas a hacer algo más importante. Vas a volver a nuestra colonia, y desde ahí cogerás un mercante hasta Gezur, con Jadys. Tienes que informar a Haldrep para que organice un contraataque.

—Puedes enviar a cualquier otro, ¿por qué yo?

—¡Finn, no te voy a permitir que dejes a tu hijo huérfano antes de que nazca! —el grito de Randall concluyó la discusión— Llévate también a mis hijos, quiero que conozcan a sus primos. Además, tu hermano lleva mucho tiempo sin verte —le salió una pequeña sonrisa—. Estará muy orgulloso del hombre en que te has convertido.

Otro hombre barbudo y con la cabeza afeitada por los lados entró cargando un escudo muy pesado y extravagante.

—Randall.

Aquello que llevaba era la prótesis de combate que utilizaba el protector de la Colonia. Randall Brazo de Pino, la pesadilla de los terrios, iba a volver a la batalla.

Capítulo 5

4. Último adiós

—Y así, Jakastia, la diosa de la sabiduría, trazó un astuto plan junto a sus hermanos Alomantis y Sualos para conseguir el Orbe de Poder, que se hallaba en la entrañas del Gran Padre, Berus.

—¡Se la había tragado para que sus hijos no la robaran! —adivinó Derek. Con sus escasos diez ciclos, había momentos en los que demostraba una gran perspicacia.

—¡Exacto! Pero, aún siendo su creador, no sabía de lo que realmente era capaz de maquinarse Jakastia. Ni siquiera nosotros, a día de hoy, podemos entender en qué consistió ese complejo plan, pero la cuestión es que lo consiguieron.

—¡No! —el niño se irguió entre sus sábanas.

—¡Sí! —sentenció Armin— ¡Sualos, con su fuego, consiguió distraer a Berus, mientras Alomantis convertía sus manos en largos filamentos metálicos que usó para abrir el vientre de su propio padre! —Derek estaba expectante— ¡Y allí estaba! Una pequeña esfera, no más grande que un bolicho. El Orbe de Poder, el destino de los humanos, ahora estaba en manos de la Rebelde Trinidad. Fuego, Mente y Hierro.

—¿Entonces, qué pasó? ¿Qué hicieron los otros tres hermanos?

—Lurra, la diosa de la tierra, y los mellizos Haiza y Urelis, encargados del aire y el agua, respectivamente. Juntos, formaron el Trío de Conservación, Agua, Aire y Tierra, y se aliaron para vengar la muerte de su padre y recuperar lo que le fue arrebatado por sus hermanos.

»Desde aquel momento, los seis dioses fueron dejando su semilla en algunas mujeres, que serían las elegidas para traer al mundo a sus hijos, los tatuados. Se formó una guerra civil, y el Orbe de Poder fue pasando de manos rebeldes a manos conservadoras y viceversa, hasta nuestros días.

—Padre, ¿podría ser yo un tatuado? —preguntó Derek, entusiasmado.

—No, hijo —respondió Armin—. Los tatuados nacen con unas marcas en su piel, como cicatrices. Eso determina qué tatuaje se les hará y, por lo tanto, qué poderes tendrán —Armin observó decepción en los ojos de su hijo—. Aunque así es mejor, la vida de un semidiós muy dura.

—¡Pero tienen habilidades sobrehumanas, con las que aplastar a cualquiera que se interponga en su camino! ¡Todo el mundo querría ser

así de poderoso! —Armin sonrió al ver el entusiasmo de Derek. Después de todo, todavía era un niño.

—Cuando seas mayor, entenderás que no todo es tan sencillo

—Tengo casi once ciclos, padre.

—Estás creciendo, Derek, sí. Pero créeme, sabrás cuando has dejado de ser un niño, porque anhelarás volver a serlo de nuevo.

—¡Un niño no podría acertar en el centro de una diana a ochenta palmos como hago yo!

—¡Cierto! ¡Ya disparas mejor que yo! —el chico sonrió ante el halago de su padre— Ahora, descansa. Mañana tendremos que despertar antes que el sol.

Cuando Armin salió del cuarto de su hijo, la sonrisa que se le dibujaba en la cara se esfumó. Lo iban a llevar muy lejos de su hogar, para luchar contra unos bárbaros que no había visto jamás, por una diminuta isla que no le interesaba. Unos bárbaros que medían lo que un rocoso y pesaban como un hombre y medio. Ya había asumido que lo más probable era que jamás volviera a ver a su familia, que una de esas bestias humanas lo partiera por la mitad nada más pisar tierra, o algún metalista le ensartara la garganta con un punzón metálico disparado desde encima de un árbol. Prefería no pensar en el modo en el que ocurriría, pero sabía que iba a ocurrir.

Levantó la pesarosa mirada y se encontró con los ojos de Luise. Esos ojos color miel que siempre le habían transmitido alegría y que ahora le dolía ver. Ella no lloraba, no lo solía hacer, pero eso no significaba que no se sintiera morir por dentro. La conocía desde que los dos eran niños y sabía interpretar sus expresiones casi a la perfección.

—Ni en tres vidas que tuviera —habló Luise, acongojada y con voz débil, después de un largo silencio—, podría llegar a encontrar un motivo, mínimamente válido, por el que te hayas presentado voluntario.

—Amor... —Armin suspiró— Ya hemos tenido esta conversación antes.

—Lo sé, y sigo sin comprenderlo. Eres un guardia, no un soldado. ¿En qué estabas pensando? ¿Es por tu hijo? ¿Quieres que vea en ti un héroe como los que mencionan los bardos en sus canciones? ¿De qué va a servir que esté orgulloso de su padre, si no va a tenerlo? Además, los bardos no cantarían de cómo conseguiste herir a dos o tres gezuranos, ni de cómo al final moriste con una de sus hachas incrustada en el pecho. No, Armin, las leyendas no hablan sobre soldados caídos. En cambio, lo harán sobre la valentía del príncipe Lawrenz, que consiguió echar a los salvajes de

Skordy, junto a su ejército de diez mil hombres que los dioses saben qué fue de ellos después de la guerra. Nadie conocerá tu nombre después de que tus futuros nietos hayan muerto.

—Luise, no es...

—¿Entonces qué es?

—Por favor, no hagas esto más difícil de lo que ya es.

Armin le miró el vientre con ternura, ya estaba bastante hinchado. Se acercó a ella y le acarició por detrás de la oreja. Ambos juntaron sus frentes y rozaron suavemente sus narices. Él le dio un beso y, susurrando, le dijo:

—No eduques a mis hijos como mis padres lo hicieron conmigo, por favor.

Ella le devolvió el beso, y esta vez fue largo y apasionado. Hacía mucho tiempo que Armin no sentía así los besos de su esposa. Hacía unos meses, cuando la había vuelto a dejar embarazada, la sensación había sido parecida, pero no igual. Ahora tenía un agravante de despedida. Esos serían, posiblemente, los últimos besos que compartiría con ella.

Se echaron sobre el lecho, un cuerpo contra el otro, y empezaron a desvestirse. Armin estaba encima de ella, y le desabrochaba lentamente los botones del camisón mientras ella hacía lo propio con su jubón. Besó su cuello, la piel de la chica era increíblemente suave en aquella zona. Después, pasando por los pechos, bajó al vientre, donde ahora habitaba su futuro hijo. Metió la mano por debajo de la tela que tapaba sus muslos y ella abrió las piernas despacio.

Esa noche hicieron el amor por última vez antes de que Armin marchara hacia Skordy junto al ejército del príncipe.

Domenech ya estaba vestido y aseado cuando el cielo todavía tenía color anaranjado por el horizonte oriental. Salió del cuarto en el que había dormido aquella noche, era una de las mejores posadas que había estado en su travesía por toda Gorria, recordaría el lugar para volver en más ocasiones. Bajó las escaleras hasta el establo, donde lo esperaba Shallan, que ya estaba enérgica y con ganas de trotar por las calles de la ciudad. En cambio, Pipo todavía dormía en el bolsillo interior de su chaqueta.

Se dirigió hasta la plaza central de Hetefi a lomos de la yegua, allí habría una gran congregación de gente ese día. Había oído trapicheos por las calles sobre una hueste de soldados de la Casa Hetfield que viajarían a la

capital para unirse al Gran Ejército Terrio. Había otros muchos rumores a parte de ese. Generalmente, eran cotilleos varios sobre tal vecino que frecuentaba los prostíbulos de la ciudad o tal vecina que tenía un romance a espaldas de su esposo. A Domenech no le importaba lo más mínimo ese tipo de cuchicheos, a estas alturas ni siquiera los procesaba mentalmente. Con la experiencia, se había creado en él un sistema selectivo de noticias que le permitía filtrar aquellas que realmente le interesaban. Una de esas era la de la reciente muerte de lord Rickard Hetfield y la multitud de teorías que existían sobre ella. Algunos acusaban a lord Conrad, aquel al que llamaban el Zorro del Norte, de matar a su padre para heredar su poder, otros contraargumentaban con que el viejo Rickard ya era un anciano y no necesitaba ayuda para estirar la pata. También había conjeturas de posibles rebeliones por parte de las familias vasallas en forma de asesinato. Estas eran menos populares y más difíciles de creer, dado el reciente casamiento de Sebastian Hetfield, el hijo de lord Conrad, con una de las hijas de los Urik.

Podía parecer información inútil y contaminada por las habladurías de los ciudadanos, pero si se sabía contrastar y utilizar, algo en lo que Dom era experto, podía resultar de gran ayuda e interés. Recordó una frase de su juventud: «No hay nada que sea realmente inútil, simplemente no sabemos para lo que nos puede servir».

Ya se estaba acercando a la plaza. Lo notaba en el olor, en la temperatura, y, sobretodo, en el sonido. Los ruidos que causaba la multitud llegaban más allá de tres manzanas. Cuando llegó a su destino vio una cantidad de gente que no había llegado a imaginar. No cabía ni un alfiler en aquella plaza rodeada de edificios y jardines. Bajó de los lomos de Shallan y avanzó a pie, amarrando las riendas, hasta los límites del bullicio. Domenech sabía que desde aquella posición no podría ver ni hacer nada. Se fijó en una farola de aceite que se encontraba a unos pasos, se dio impulso con los estribos de su montura y escaló hasta llegar a una posición con buenas vistas.

Allí estaba la hueste de soldados de lord Conrad, listos para marchar a Narda. Los hombres vestían uniformes con los colores de la Casa Hetfield, la armadura de piel de hairy de color plateado no le faltaba a ninguno de ellos, y los rangos más altos portaban capas de color caoba a sus espaldas. No pasó mucho tiempo hasta que los hombres y los caballos comenzaron a caminar al unísono y el arco de caza plateado que se dibujaba en el gran estandarte de la casa empezó a ondear de forma salvaje. El Zorro iba a la cabeza, desde allí se podía apreciar el color rojizo de sus cabellos, característico de aquella familia, que ya se iba difuminando en algunas zonas hacia un tono más plateado. Sin embargo, la edad no había afectado a su postura, montaba su bestia con la misma entereza que un mozo de veinte ciclos recién cumplidos. Lo que Dom encontraba realmente extraño era que no le acompañase su hijo en el

viaje.

Entre la inmensa multitud, Domenech vio un rostro peculiar. Era una mujer, y se encontraba en las zonas más cercanas al grupo de soldados. La luz que reflejaba su rostro era diferente al del resto de personas que había allí. Pero esa luz estaba ligeramente apagada por una expresión melancólica, quizá dolorosa, pero sin lágrimas. También se adivinaba una fuerza especial en aquella mirada de color miel, que iba directa a la hueste de hombres de los Hetfield. Domenech no sabría explicar bien el motivo de que aquella mujer le hubiera llamado tanto la atención, pero le resultaba difícil dejar de mirarla.

Lord Conrad, sus sirvientes y los guerreros recorrieron las calles más anchas de la ciudad hasta llegar a las puertas, hasta donde les siguieron los ciudadanos más entusiastas y curiosos. Domenech se alegró de que la plaza se fuera vaciando poco a poco, ya que eso le dejaba espacio suficiente como para poder trabajar con los rezagados. Bajó de su improvisado e incómodo asiento en los decorados de la farola, y sacó su baraja de naipes. Comenzó a hacerlos volar a su alrededor de la forma más exagerada y vistosa posible. Las cartas lo orbitaban a toda velocidad, dejando a los vecinos con la boca abierta y la baba colgando.

—¡Damas y caballeros! —empezó a gritar Dom a toda voz— ¡Mozos y mozas! ¡Niños y niñas! El nombre de un servidor no es otro que Domenech, y ha recorrido toda Gorria, desde Balik hasta Kerys, pasando por Desembarco del Mercante —mientras decía su discurso, los naipes no dejaban de moverse por el aire—, con el único propósito de entretener y divertir a las gentes de bien. Y, por supuesto, ¡los vecinos de Hetefi no iban a ser menos! ¡Agarraos a lo que tengáis más cerca e intentad no dejaros sorprender, aunque tal tarea sea casi imposible de realizar, ya que el espectáculo no ha hecho más que empezar!

Domenech sacó la artillería pesada. Comenzó a realizar todos las virguerías y acrobacias que era capaz de hacer, tanto con los naipes como con su propio cuerpo y combinando ambas. La multitud lo envolvió en aplausos y vítores. Estuvo así un buen rato, incluso llegó a quitarse la chaqueta durante el espectáculo, dejando ver dos charcos de sudor en la parte baja de las mangas de su camisa blanca y los costados de su chaleco, que aquel día era de seda violeta.

El rugido de la multitud siguió durante unos instantes después de que Dom hubiera acabado su actuación. Se quitó su sombrero de ala ancha y lo dejó en el suelo de la plaza, con la abertura mirando hacia arriba.

—Buenas gentes de Hetefi, os agradezco, de todo corazón, el cariño que me habéis proporcionado el día de hoy. No obstante, los artistas errantes también necesitamos comer para subsistir. No os pediré más que aquello

que podáis y queráis aportar.

Los vecinos fueron dejando sus donativos en el sombrero de Domenech. En líneas generales, no fueron excesivamente generosos, lo que más abundaba eran boliches de obsidiana, la unidad de pago más pequeña. Diez de ellas eran equivalentes a una moneda de obsidiana, las cuales también tenían una pequeña representación entre el total recaudado. Domenech volvió a agradecer su atención y contribución al público y metió sus ganancias en una bolsa de piel que llevaba guardada con el equipaje amarrado a los lomos de Shallan. Cuando los espectadores empezaban a vaciar la plaza, corriendo por el suelo se acercó un pequeño roedor de color marrón rojizo, con una línea blanca en el lomo. Dom hincó la rodilla y ofreció las palmas de sus manos para que Pipo se posara en ellas.

—¿Qué extras has conseguido, mi pequeño amigo?

Pipo abrió su pequeña boca y vació sus hinchados mofletes de boliches y monedas de obsidiana. La cantidad equivaldría aproximadamente a un quinto de lo que se había depositado en el sombrero de Domenech. El joven acarició la cabeza del roedor como recompensa, y este se acomodó encima de su hombro. Mientras Domenech guardaba las ganancias extras en el saco del dinero, se fijó en un rostro en particular, de todos los que se podían ver todavía en la plaza. Era la mujer de la fuerte mirada de color miel que había visto durante la partida de los guerreros. Estaba encinta, en una etapa relativamente avanzada, y la acompañaba un niño que rondaría los diez ciclos de edad, y estaba mirando muy fijamente a Domenech. Se parecía lo suficiente a ella como para asumir que eran madre e hijo, aunque el zagal no tenía sus mismos ojos. Eran de un azul apagado, y su mirada bondadosa y soñadora contrastaba con la fiereza y la crudeza que desprendía la de su madre.

—¡Hola, chico!

—¿Cómo puedes hacer todo eso? —preguntó el niño, con una expresión más extrañada que sorprendida.

—¡Vaya, no te andas con rodeos! A mí me gusta empezar de una forma más calmada. Por ejemplo, presentándome —se acercó a ellos, ante la desafiante expresión de la madre—. Yo me llamo Domenech, ¿cuál es tu nombre? —ofreció una mano enguantada para que el chaval se la estrechara. Este hizo lo propio.

—Derek —Dom se llevó la mano a la muñeca tras el apretón de manos.

—Vaya, Derek. ¡Tienes mucha fuerza! Es el mismo tipo de fuerza que tienen los cazadores en sus manos dominantes. ¿Por casualidad, sabes

manejar el arco?

—Sí, un poco —intentaba ocultar una sonrisa de orgullo que se hacía cada vez más evidente—. Practicaba con mi padre cuando él podía, pero él...

La mujer avanzó, haciendo callar al niño de forma poco discreta, y comenzó a hablar. Su tono de voz conjuntaba a la perfección con su implacable mirada.

—Hola, señor... Domenech os llaman, ¿verdad?

—¡Hola! Solo Domenech, no soy ningún señor. Y, por favor, tuteame, tampoco soy ningún lord. Mucho gusto conocerte, aunque todavía no me has dado el placer de saber tu nombre.

La mujer dudó un instante. Ahora que la tenía más cerca, Domenech podía apreciar mejor sus rasgos. Su dureza no hacían disminuir su belleza, ocurría al contrario, de hecho. Le proporcionaban un aire magnético de seguridad.

—Luise... Mi nombre es Luise —Dom abrió los ojos de par en par y dibujó una sonrisa de oreja a oreja.

—Es un nombre precioso. Y, además... —se acercó ligeramente, a lo que Luise respondió abrazando más fuerte a Derek, y arrastrándolo suavemente hacia atrás— Tranquila. Solo decía que ese nombre me recuerda a una persona muy importante para mí —el joven enseñó el dorso de sus guantes negros, en los que, bordado con hilo dorado, estaba escrito Luise.

—¿Quién era? —preguntó ella, mostrando, por primera vez, verdadero interés.

—Mi madre... Bueno, como si lo fuera, aunque ella no me pariese —se produjo un largo e incómodo silencio, que rompió Domenech volviendo hablar—. Quizás, no debería suponer ciertas cosas, ni debería interesarme por tus cuestiones personales. Sin embargo, voy a pecar de mala educación y asumir que tu esposo es uno de los soldados que viajan a Narda con lord Conrad, ¿me equivoco?

—No es un soldado —dijo en tono cortante, después resopló suavemente—. Pero sí, es uno de los hombres de Hetfield... por desgracia.

—Bueno. Ehm... me quedaré unos cuantos días más en Hetefi y después marcharé hacia Gorme. En ese tiempo realizaré mis andanzas por diferentes plazas de la ciudad. Espero veros por ahí —Luise no respondió—. por cierto, Derek, tú querías saber cómo puedo hacer mis

trucos. Bueno, pues te voy a contar un pequeño secreto. Pero no se lo puedes decir a nadie, eh —empezó a susurrar—. Tengo un pequeño amigo que me ayuda. Mira en mi bolsillo.

El chico se acercó, no sin superar una leve resistencia que le ofrecía su madre. Miró dentro del bolsillo del abrigo de Dom, con infinita curiosidad, y vio a Pipo, que se encontraba recostado, mirándole fijamente.

—¡Uy, espera un momento! Parece que tienes algo aquí... —Dom se inclinó hacia el niño y Luise respondió apartándolo, esta vez con menos disimulo— Tranquila, Luise —dijo Domenech, arrodillado, enseñando las palmas de las manos vacías, metidas dentro de sus guantes de seda negra— solo quería mirarle la oreja a Derek, porque he visto algo extraño y... ¡Vaya! ¿Pero esto que es? ¡Parece una moneda de plata!

—¡Plata! ¿Pero las monedas no son de obsidiana?

—Así es en nuestro territorio. Pero en las tierras del este, abandonando las Islas Gorrias, usan metales como forma de comercio —Derek se veía realmente sorprendido—. ¿Cómo ha llegado esta moneda desde tan lejos hasta tu nuca? Bueno, no importa. Ahora es tuya. Cuídala bien, no encuentras monedas de plata detrás de tu oreja todos los días.

Domenech se irguió, después de acariciarle los cabellos a Derek, y se alejó, el abrigo ondeando al viento. Llegó hasta donde se encontraba su yegua y la montó de un salto, para seguir alejándose entre los vecinos de Hetefi, hasta perderse en sus calles.